

Siete y veinte

Abrí los ojos, he abierto los ojos y se me ha ocurrido que los días tienen su música. El despertador aún no ha sonado, bloqueo la alarma. Tengo un cuarto de hora. Una música que hay que escuchar por detrás de los ruidos, aunque los ruidos no están ahí para esconderla, sino para hacerla sonar. Depende del ruido. Ahora sólo se oye lejos un zumbido de autopista, lo demás, en calma. Con tanto silencio no hay música. Escucha. Ahí va un motor subiendo la cuesta, tres o cuatro verderones están piando en el alero de la Nunciatura, unas suelas estriadas chirrían en los adoquines de la travesía, la pareja de arriba ha empezado a hablar y suenan a cañería. Escucha. Como hacia el parque de Atenas. Ahí. Un silbido que sale de un metal, ciñe las esquinas, entra en un portal o por una ventana que acaban de abrir, da la espalda. No es una canción. A lo mejor es una canción, pero todavía sin hacer. ¿La escucho de verdad? El motor ha llegado al alto, las pisadas se han ido, los verderones y la pareja han callado. El silencio la ha aspirado de golpe, quizá vuelva.

Dentro de poco Goro estará en pie, sacudiendo puertas hasta la cocina y si tardo sonará la tele y los dibujos animados de *Futurama*. No puede encontrarme aquí, hoy menos que nunca. Pero también el cuerpo pesa como nunca y se hunde en la cama como en un río, toda el agua por encima, un pez de plomo con los ojos abiertos, todo ojos, cayendo. Esta oscuridad no es completa. Si miras bien aparecen esas figuras que cuentan cosas. Pega-

do al techo hay un patinador que no arranca, sus piernas están desapareciendo, los patines se hacen cada vez más grandes..., una mujer se mira las manos bajando la cabeza hasta tocarlas con la frente, las arrugas de la cara caen en las palmas y luego vuelven a la cara agarrándola como tentáculos..., un enano juega con una pelota al lado de la puerta y la pelota salta detrás y delante del enano, pero el enano no se mueve, sólo abre mucho la boca hasta que no es más que una boca en donde antes había cuerpo. La mujer que nos alquiló la casa dijo que no eran habitaciones, que eran alcobas. Mientras nos la enseña, desaparece en la cocina. La oímos llorar. Vuelve exagerando una sonrisa y se pone a mirar por el balcón que da a la travésía. Luego, se sienta en una caja y fuma sin dejar la sonrisa. Hubiera podido ser una de esas figuras en la oscuridad cuando murmura que su marido y su único hijo se mataron el mes pasado en un accidente de coche. Sigue sentada en la caja, ya no volverá a hablar. Goro pregunta con la mirada cuándo nos vamos, no le interesa la mujer, ni la historia de la mujer, y mucho menos el consuelo. Tampoco le interesa la casa. Le he dicho que a partir de ahora viviremos en el centro de Madrid, y hemos venido hasta aquí desde nuestro pueblo de la sierra para que vea el sitio, para que no se escabulla. Pero le da igual esta casa que otra, y también le da igual esta mujer que otra. Quiere irse pronto y que todo haya pasado, que lo que aún no ha pasado haya pasado de una vez. En cambio yo no puedo moverme y me quedo pegado a la mujer. Sentado en otra caja. Goro sigue de pie en mitad del salón, la luz de los balcones le da de lleno y le borra un poco el mal gesto.

Entonces había cumplido doce en marzo. Muy delgado, creciendo por instantes. En la luz de esa tarde de julio se le ve aún más delgado. La mujer y yo sentados en las cajas como si no fuéramos a irnos. Hasta que la mujer coge las llaves y señala la puerta, fatigada de emociones.

¿Ha sido un portazo? Salto de la cama y enciendo la luz. Es temprano para los dos. Ni siquiera el despertador habría sonado. Una nube ha pasado por la cabeza y deja el cuerpo planeando. La noche de duermevela, infinitas trenzas. Querría caer otra vez en la cama, aunque empujo la corredera del armario y busco los pantalones de mahón y la camisa blanca de lino. Quería vestirme como si fuera a hacer algo. Lo tengo todo previsto, creo que lo he pensado bien. No un día especial, nada de eso, sino ropa por la que pudieran salir las palabras que hay que decir, esas palabras que no podrían salir raídas, ni arrugadas, ni demasiado usadas, ni en tufo. Noto el frescor de las prendas limpias, la capa de brisa entre el paño y la piel, el aire estanco de la alcoba.

Goro talona, descalzo, como si dijera que ya está ahí, que de un momento a otro estará listo para que le atiendan, que necesita público para el espectáculo de incorporarse a la mala vida de los que se levantan con sueño, se duchan y van a clases donde hay viejos diciendo cosas viejas. Yo debería estar duchado y en la cocina, para que cuando él cruce hacia el baño me vea atareado y en plena forma preparando el desayuno. El ambiente de actividad le habría seguido hasta el chorro que caerá sobre su cabeza y que anunciará su segundo despertar, de modo que su último sueño habría sido ese padre madrugador y ocupado. Pero ¿por qué ha madrugado?

Hay que salir de la alcoba. Alcoba. La diferencia entre una habitación y una alcoba, dijo la mujer rota, es que la luz de la alcoba es prestada. La nuestra viene de los dos balconillos del salón, sobre el tejado de la Nunciatura y un parking descubierto con dos almendros tísicos en su alcorque. Goro también necesita luz prestada. No como las plantas, para vivir, sino simplemente para verse. Vivir es otro grado.

Cuando salgo, la sensación de que la casa también necesita despertar, ser despertada, sacudida hasta que abra

los ojos de par en par, carraspee, se active. Goro está a punto de entrar en el baño, ladea la cabeza al escucharme, pero no termina de volverse y cierra la puerta. Hay mañanas en que saluda y otras en que no. Me he acostumbrado. He necesitado acostumbrarme. La psicóloga dice que lo importante es no romper la comunicación, que Goro hace casi todo por impulsos, sin pensar, indiferente a las consecuencias. Goro tiene un TDAH, me repito muchas veces al día. Es una enfermedad, me repito muchas veces al día, y no tengo que juzgarle, sino cuidarle. Le hicieron muchas pruebas. Estoy sentado ante la psicóloga, una mesa de roble entre los dos, un aparador, las paredes desnudas, un rodapié marrón oscuro. Es una especialista importante. Tardé en encontrarla y también tardé en saber que debía encontrarla. Tiene el aire de una misionera seglar, recta, escuálida, caminando con sandalias por la sabana. Pero las manos son nerviosas. Doscientos cincuenta euros la consulta. Enciende un pitillo y hojea los informes médicos, el taco de páginas del test. Habla deprisa. A ratos levanta la vista para ver si entiendo. Da la impresión de que lo que yo entienda no es importante, sólo es importante que ella lo compruebe. No estoy asustado, pero quiero salir de ese despacho y llevarme a Goro de la salita en la que espera con su mp3 aislándole del mundo.

Y Jefe no está en su colchoneta. Tampoco en el puf de Goro, en el que se enrosca a la menor oportunidad y a pesar de las regañinas. Se oye la ducha y tuerzo hacia la otra alcoba. Me he golpeado el hombro izquierdo al doblar por el pasillo. Luego, al entrar en la habitación de Goro, la esquina de la mesa se clava en el muslo. Pausa para el dolor. Allí aparece Jefe, respirando un sueño profundo, la cabeza en la almohada. ¿Se lo ha traído para dormir con él? No suele hacerlo. No le gusta el perro. Eso dice. Anoche el perro se quedó como siempre en la cocina y oí cómo cerraba su puerta. ¿Se levantó más tarde y se lo llevó? ¿Por qué? Uno de esos insomnios, la casa en silen-

cio, un recuerdo de otro tiempo, otras personas, y esa herida que no sabe de dónde viene, que no puede saberlo, doliendo de pronto como duele un costado frío, nada importante, pero lo malo es que duele todo el rato y zancadillea al sueño...

Al girar he dado con la mano en el picaporte y he vuelto a doblar mal en el pasillo. Otra pausa. Qué hay. Una humareda que sube por las piernas. Miedo a dar otro paso. ¿No conozco mi casa? ¿Aún no sé dónde están las esquinas y los muebles? ¿O es lo contrario, una casa conocida en la que yo soy un extraño, la casa en la que vivo y de la que me he marchado? Estoy aquí porque el cuerpo se resiente de los golpes y de la extrañeza. Poco a poco, vuelvo a pisar suelo. Ahora, mejor. Pero pronto dejaré de escuchar el ruido de la ducha.

Acelerar. Platos sucios de la noche anterior. Siempre lo mismo. Jurar dejarlo todo limpio para empezar de cero mañana. Jurarlo y pensar: ¿Qué es *mañana*? ¿Mañana está aquí? Quizá la palabra *mañana* tenga peso, un peso que cae en los párpados, un cuerpo que no puede más y se marcha a la cama arrastrando esos párpados de alas de piedra. Di *mañana* y caerá sobre tus ojos. Ya puedes olvidarte de los platos.

No queda tiempo. Todo va saliendo mal. Al revés, para ser preciso. Busco el exprimidor, porque sé lo que contestará, y sé lo único que podré conseguir. Cualquier costumbre pequeña funciona, mientras que cualquier novedad, cualquier variación diminuta se empedrará primero y luego se encrespará como una colina. El exprimidor está sobre una fuente de cristal, todo encajonado a presión en el hueco del armarito, bajo los fogones. Así que no es buena idea llevarse el exprimidor sin la fuente. Pero es lo que hago. Empiezo a tirar y la balda superior se encabrita. Un tintineo de vasos que se tocan, un baile que da los primeros pasos. El último tirón..., y cada cosa brinca despaavorida por su lado..., aunque he cazado el exprimidor, dis-

gregado en piezas. Pero la fuente ha caído de plano, se queda en el suelo con un dibujo de estrella de mar y una dentellada. Luego, se desploma un vaso, a destiempo, como si hubiera esperado su momento de gloria. Es raro que el golpe lo haya pulverizado de esa manera, una constelación en las baldosas rojas. Y ahora me gustaría saber por qué vienen tantas ganas de llorar, por qué a veces cuesta tanto llorar en la desgracia y hay que esperar a que se rompa un vaso o una fuente para que uno también pueda saltar en añicos.

Le he visto por el rabillo. Se ha parado cuando cruzaba y me observa rodilla en tierra, las piezas del exprimidor abrazadas, en medio de una estampida de cristales.

—Y aquí qué ha pasado —pregunta con ese tono neutro.

—Salió todo volando. No cabe nada en estos armarios. Se arregla con una escoba. ¿Qué quieres desayunar? —trato de que las cosas sean claras, con una voz a la que agarro del cuello para que deje de temblar, hoy menos que nunca...

—Nada.

—Tienes que desayunar. No puedes aguantar en el instituto con el estómago vacío. Además está la pastilla.

—Luego voy con la tripa petada. Lo sabes de sobra. Los desayunos me sientan mal.

—También me has contado que en clase te mareas. Es cuestión de acostumbrarse a comer algo sólido, aunque sea poco.

—No quiero desayunar.

—Por lo menos, un zumo.

—Pero sólo el zumo.

Ni más ni menos que lo de siempre. Ha enchufado el televisor y se escuchan los dibujos de *Futurama*. Yo enchufo el exprimidor, pisando cristales. Debería haberlos barrido primero. Acabarán repartidos por toda la casa. Se sacan las naranjas del frigorífico. Se parten en mitades so-

bre la encimera. Acordarse de los cristales. La escoba está en el armario de la despensa, en las antípodas. Exprimo la primera mitad. No hay vaso y la encimera se encharca. Traigo uno del escurridor y lo coloco. Entonces voy a por la escoba. Las suelas crujen por el camino. Paso por delante de Goro, tumbado en el puf, ido. En el camino de vuelta la escoba empuja algún rastro de esquirlas. No me mira, una simbiosis con la televisión. Al llegar a la cocina regreso a por el recogedor. Ahí van los restos del vaso. Después quito la fuente del suelo y la dejo sobre los fogones. Agarro el zumo para llevárselo a Goro. El vaso está vacío. Vuelvo a colocarlo. Vierto lo del recogedor en el cubo de la basura. Observando la fuente me pregunto si no debería echarla también en el cubo. Quizá pese demasiado y rompa la bolsa. Agarro el zumo para llevárselo a Goro. Claro que sigue vacío. Exprimo las otras mitades. Mientras lo hago me fijo en que la pernera derecha del pantalón ha caído por dentro del calcetín, que hace de presa. Sucede a menudo. Siempre me irrita, pero nunca pienso en el porqué. Ahora pienso: Hay más posibilidades de que suceda si los calcetines los pongo después de los pantalones. Aunque no estoy seguro de que yo me ponga los calcetines después de los pantalones. Sin embargo, ninguna pernera se introduce espontáneamente en un calcetín. Coloco el exprimidor bajo el grifo antes de que se incruste todo, y un surtidor en ola, con lenguas, va a parar certeramente a la pechera. Retrocedo de golpe, como si así pudiera evitar lo que ya ha pasado, como si previera lo que no he previsto, como si estuviera en aquel presente y no en este futuro sin remedio. La camisa de lino se ha empapado. No veo restos naranjas. Quizá sólo agua. No tengo más camisas de lino. Y tiene que ser ésta. Era el plan. Quiero mi plan, no importa que no sirva, que no salga, que esté mal pensado, que cosas como las que tienen que ocurrir hoy funcionen con independencia de los planes, porque yo quiero mi plan porque es mío. Ni los golpes, ni el vértigo, ni los cristales,

ni la camisa manchada, ni siquiera Goro van a robarme lo que es mío... Goro menos que nadie. Al coger el vaso de zumo para llevárselo, puede verse que está sólo semilleno. Aún faltaban mitades de naranja. No, tampoco esta desorientación rara, estos otros cristales, lenguas y golpes de la cabeza van a frustrar mi plan.

Jefe ha aparecido en la salita. Está sentado sobre las patas traseras y atento a Goro. Goro atrapa el vaso que le tiendo sin apartar la vista de la pantalla, monstruos y robots. Lo bebe de un trago y lo devuelve con un brazo tieso, sin apreciar que el zumo era escaso. Puede que se haya dado cuenta, aunque nunca es fácil saber de qué se ha dado cuenta.

—¿Has tomado la pastilla?

—Ahora.

Recaigo en una de las sillas, junto a las dos mesitas de terraza, pegadas a la pared. Es el ritual de cada mañana. Veo la televisión con él y cruzamos palabras. A veces simplemente nos quedamos ahí. Pero yo espero las palabras como si fueran mágicas, como si controlasen el futuro del día. Jefe se aproxima y mete la cabeza entre las piernas. Suspira, cierra los ojos. Más que un perro, parece un vigilante emocional, pendiente de los frágiles vínculos entre las personas, siempre alerta a la soledad que pueda presentarse sin aviso. Es un golden retriever, lanudo y canela, falto de agresividad, seleccionado por la naturaleza y los criadores de perros para cuidar de cuanto le pongan cerca. Es el perro de los ciegos, de los bomberos y de los niños, lo más semejante a una madre pidiendo su porción de ternura a cambio de desvelos.

Ella dijo: «El perro se lo regalé a Goro. Debes quedarte con él». Jefe tenía entonces cuatro meses. Pensé que hubiera debido ser más previsora y no haber regalado un perro cuando calculaba marcharse. Cuando además calculaba marcharse sin el hijo. Yo contesté: «No creo que el niño quiera un perro ahora. Yo tampoco quiero un perro.

Sólo podremos cuidar de nosotros». Ella dijo: «Ahora yo tampoco puedo cuidar de él», y no me atreví a preguntar a quién se refería. Pensé: Lo poco que separa a una persona amada de un completo extraño. Basta que tenga un plan que no te incluya para que se convierta en desconocida. Mismo rictus, misma piel, mismo movimiento de labios, misma carne resabida, y basta que diga que se dará un paseo, y que tú no puedes ir con ella, para que ya no puedas alcanzarla, para que sientas que se ha ido hace mucho tiempo. Era tuya, en cambio ya no queda nada que puedas hacer con esa que está ahí, para la que además has desaparecido. Tú miras a una extraña, ella no mira a nadie.

—¿No desayunas? —pregunta sin apartar la vista del televisor.

Contrapié. Es verdad. Siempre traigo el café e interpretamos nuestra versión de desayuno en familia. Él mira la televisión y yo pongo la familia. Lo que pasa es que hoy no he tocado la cafetera. El día del plan perfecto es el día en que los planes son accidentes de tren. ¿Cómo se ha dado cuenta? ¿Tiene sensores y ojos occipitales como sus monigotes de *Futurama*?

—Voy a esperar un poco. El estómago anda algo revuelto.

—Como el mío por las mañanas.

—A mí sólo me pasa de tarde en tarde.

—Y por qué.

—¿Por qué, qué?

—Por qué te pasa de tarde en tarde.

Mala conversación. Ha notado una alteración en el ambiente, el radar se ha puesto en marcha. También Jefe aparta la cabeza y me mira esperando respuestas.

—Supongo que cené demasiado.

Buena contestación. Él tendría que hacer memoria y recordar lo que cené anoche. Además pude haber comido sin que me viera. Mucha tela para ese sastre.

—¿Supones?

Tac, tac, tac, tac, el radar ha detectado un objeto no identificado, el volumen aumenta, el barrido se acelera. Las naves espaciales del televisor rugen. Jefe, alerta.

—No sé qué quieres que diga, no soy médico.

—Este capítulo es una mierda.

Uf. Jefe vuelve a la entrepierna.

—A mí me hace gracia —enhebro.

Los robots celebran el Día de la Madre. Y se da la circunstancia de que todos los robots tienen la misma madre. La Madre, que odia el Día de la Madre, convence a todos sus hijos robot para que odien el Día de la Madre. A los robots se les parte el alma en un dilema: celebrar el Día de la Madre por amor a su Madre, y obedecer a su Madre, lo que no deja de ser una forma de celebrar el Día de la Madre, que es precisamente lo que su Madre no quiere que hagan. Los robots van enloqueciendo con el dilema hasta que Lila, la bella mujer con un ojo grande en la frente, descubre que la Madre en realidad pretende dominar el mundo apoderándose de la voluntad de sus hijos. Una vez descubierta y derrotada, la Madre lo niega todo.

¿Hacía falta decir que me hacía gracia? Daría cualquier cosa por una de esas conversaciones corrientes, de seguido, anodinas, en las que no hay nada que temer. En las que se dice, hablando de cualquier cosa, que todo está bien, que el jersey ha dado de sí y eso que era bueno, que la fruta no sabe como la de antes, que podríamos comprar una pecera con peces del Caribe, que cuando conoces un camino se hace más corto, que en Madrid casi no hay moscas...

Pues sí, este capítulo de *Futurama* tiene gracia. Te mueres de la gracia. Se ha oído el chasquido de la compuerta de acero de la cápsula. Dentro han quedado Goro y su silencio automático, volando a otro planeta. Madre, el Día de la Madre. Ha dicho: Este capítulo es una mierda. Fácil. Bastaba con haberle escuchado. *Este capítulo es*

una mierda. Fácil. Pero la bandeja se ha estrellado en el suelo, he ido chocando con los salientes, olvidado el café, tengo mojada la pechera de mi única camisa de lino en la que ya aflora un cerco ámbar...

—La pastilla, Goro.

—Ahora.